



BUENOS AIRES-MADRID

Y DE MADRID OTRA VEZ AL CIELO

Los cien gauchos del aire han conocido Madrid, Toledo y El Escorial. Han conocido el frío del candil, el aguanieve, el ventarrón audaz del Guadarrama —que cuando dice allá voy, no hay quien le aguante—, los cielos grises de diciembre, una orejita de sol y Sevilla. Merece la pena contarlos.

Seguramente que en las diez horas y pico de su última etapa antes de llegar a Madrid, algún cadete argentino habría pensado en ver, primero que nadie, la tierra española. Pero las nubes prolongaban el mar hasta la entrada del litoral. Sevilla —ella se dejó ver con una sonrisa. Y Rodrigo Triana 1947 gritó: "¡La Giralda!", que como voz histórica tampoco es mala. Buena prueba de ello es que toda la cadetería se volcó sobre la borda afortunada, originando un desequilibrio —de origen sentimental, no técnico— en la marcha del aparato. Sobre

Sevilla volaron la "Santa María", la "Pinta" y la "Niña", y desde allí, en formación, a la capital de España.

Con el cielo encapotado, la nieve de la Sierra a lo lejos y el vientecillo helado, todo era como una víspera de Navidad en la estación del pueblo. Cuando gritaron: "¡Ya vienen, ya vienen!", se encendió un rumor que casi apagaba el zumbido de unas hélices. Venían en formación. Venían con alas las tres viejas carabelas. Estaban sobre el cielo de España —como un milagro angélico— aquellos tres heroicos armatostes que hicieron redondo y grande al mundo. En cinco siglos la madera de los bosques ibéricos se ha transformado en acero sensible; las velas con la cruz, en alas de águila. Y desde las nuevas tierras volvieron así al solar originario los nietos de los Descubridores, los hijos de los Conquistadores.

A las tres menos cuarto la tripulación de las tres carabelas y los cadetes de la Escuela de Córdoba estaban ya formados en tierra y escuchando la voz del comodoro Vélez: "Al señor ministro del Aire de la nación española, ¡vista al frente!" Sonaron los himnos y desde todo el contorno de las pistas, desde la terraza de la estación aérea, desde sus andenes, un gran clamor saludaba a los cadetes. Uno de ellos fué junto al micrófono de Radio Nacional: "Estamos muy contentos y queremos emular a los héroes españoles". Los periodistas mosconeábamos en torno a la formación. Como uno es hombre práctico les preguntó por la comida.

—La típica de vuelo, amigo: huevos duros y bananas.

—Pero, ¿no estáis cansados?

—Hombre, un poco; pero con un mate, listos. ¿No hay mate por aquí?

Yo le propuse que nosotros nos habituáramos al mate si ellos se habituaban a las corridas de toros.

Fueron a dar las gracias a la Virgen de Loreto, y como tras de la oración siempre es bueno el refrigerio, las señoras del Patronato atendieron a que se sirviese un vino que borrara el cansancio. Lo miraban al trasluz —era jerez, amontillado, manzanilla flamenca— y sonreían: "Pues no es malo el mate español". Así, pues, la Academia de Córdoba repostó antes del desfile.

Los estaba esperando Colón. Seguramente que Colón —tantas veces motivo de discursos ornamentales, tantas veces víctima de cosquillas laudatorias y oratorias— habría sentido la enorme alegría de una ceremonia militar y simple. "Los cadetes de la Aviación Militar Argentina al Descubridor de América". Lo bastante, lo justo; y las banderas bicolors testimonian-do la ofrenda del laurel. El remate del desfile hizo más claro el fraternal sentido de la ceremonia. Gastadores de la Aviación española, los cadetes, y tras de ellos, la compañía de honor. Luego la gente, rompiendo los cordones, se lanzó a saludar a la Academia. Y todos quedamos muy amigos. Pero, ¿es que no lo éramos ya? ¿Es que no lo éramos desde el tiempo aquel en que la "Santa María", la "Pinta" y la "Niña" todavía no habían echado alas?

A la mañana siguiente estaban cansados. Se acostaron tarde, porque entre la hermandad oficial y la hermandad real, lo cierto es que los madrileños no han dejado dormir ni cinco minutos a los cien gauchos del aire.

Que si un copetín en el Ayuntamiento —que era como recibirlos en la sala de respeto de esta su casa—, que si una pequeña charla de Sanchiz, que si luego sus camaradas de la Aviación española se empeñaron en darles una vueltecita por ahí, la verdad es que por la mañana, al amparo de la vieja Cibeles —siempre tan hermosa con sus leones—, si los cadetes argentinos tenían abiertos los ojos era esperando ver Toledo. Toledo y el Alcázar.

Primero estuvieron en Getafe, visitando una entera y verdadera fábrica de aviación, en la que, desde el motor a los sillones para los tripulantes, todo es creado por la técnica española. Poco después vino Toledo. Y antes —con un paisaje hosco y lluvioso, solamente alegrado por la efusión fraternal de los pueblos—, las historias de la batalla. De nuestra batalla. Venía evocada por el campo aquel, por la llanura ondulada, por los viejos olivos campeadores. Toledo después, ya lo había dicho. Toledo con su muñón del Alcázar, con su vista universal. "Es Toledo, y aquello el Alcázar", exclamaban los argentinos. Y parecía como si ellos también hubiesen pegado tiros allí.

"Desde el Plata al Tajo..." decía el comodoro Vélez en la cripta que guarda a los defensores muertos; y ante el silencio de la Escuela y ante el silencio de los muchos hombres que allí combatieron, el comodoro Vélez rendía su homenaje al gesto colosal de una raza. Había en el acto aquel algo misterioso y enorme que se subía a la garganta y a los ojos. Luego, en la visita, un cadete señalaba una de tantas lápidas: "Así me apellido yo"; se puso en posición de saludo y la rigidez de su gesto se le enterneció en las pupilas.

Toledo estaba en la calle, desbordado, hospitalario, entusiasta. Los chiquillos asaban a los cadetes con su cantinela: "Deme usted una insignia". Y si los chi-

quillos se pusieron pesados pidiendo, los cadetes argentinos se pusieron pesados dándolo todo: las insignias del homenaje, los emblemas del cuello de la guerrera, los distintivos de la Escuela, los galones de escolaridad. Ah, estuvieron en la Catedral, con los Grecos descendidos del cielo, con la custodia que se inventaron los ángeles. Y en la Venta del Aire, con las perdices de D. Illán, tan fabulosas como en el siglo XIV, tan sabrosas como siempre. Bueno será decir que los percebes y las gambas tuvieron un franco éxito entre los argentinos. Nosotros —predicando y dando trigo, mire usted por dónde— les enseñábamos a hincar el diente a los frutos del mar y entre vivas a Galicia.

A partir de Toledo —donde también el Ayuntamiento dió su bienvenida y su copetín— la estancia de los cadetes se despeña entre la prisa y la efusión. De vuelta en Madrid, con una hora de libertad, tiendas. Gran Vía, Alcalá, San Jerónimo, conocieron el gusto conmemorativo de los cadetes: una franca mayoría se inclinó por mantillas para la novia y trajes para presumir por la Avenida de Mayo. Banquete oficial por la noche. Baile, en Bellas Artes, hasta la madrugada: el tango subió treinta enteros. Y de este modo, entre tango y tango, llegó el día siguiente. Sucede siempre.

Prado y Museo Militar. El Prado fué recorrido a paso ligero. Divididos en dos columnas de atención y de asombro, los cadetes argentinos saludaron al Carlos de Mühlberg, a los caballeros del Greco, a las Vírgenes de Murillo, a los frailes de Zurbarán, a los reyes, a los infantes y monstruos de Velázquez —y a ese cuadro del honor que retrata a los soldados de España—, a las atroces caricaturas de Goya, a la gracia menuda de la Maja, con la que habían bailado la noche anterior, y al patetismo ibérico de "Los fusilamientos de la Moncloa". Finalmente se detuvieron ante la "Virgen de los Reyes Católicos".

—He querido —les decía uno de los directores del Museo— traerles aquí para que cierren su visita con la contemplación de la Reina que se inventó América.

Sin una palabra de más, sin un gesto excesivo. "Se me ha quitado el sueño", comentó un cadete. Fueron después al Museo del Ejército. El general Bermúdez de Castro los recibió en el Salón del Reino. Del regazo de Isabel pasaron al regazo de España: haces de antiguas y nuevas banderas, Tercios Viejos de Lombardía y Milán, de Portugal y Sicilia, de Nápoles y Mar Océano, Tercio Viejo de Holanda, batallones de la Independencia, garrochistas de Bailén, banderas y Tercios de nuestra guerra. Y en un ángulo del salón, la guerrera del alférez de Húsares de la Princesa D. José Antonio Primo de Rivera. Rodeando el recuerdo, banderines rojos y negros, y como un plinto al retrato del Fundador, una serie de banderas enemigas. Y en el Salón del Reino el techo de Velázquez decorado con tejuelos de oro americano. Y después de estas dos visitas, bien preparados, los cadetes argentinos se fueron a El Pardo. Los recibía Francisco Franco, Caudillo de España.

La tarde la tuvieron libre. Yo aproveché la ocasión para amargarle el descanso al comodoro Vélez. Tuve con él una entrevista, que me gustaría reproducir aquí; pero esto ya es muy largo; y así, corto y resumido. Yo no sé si es posible decir que Vélez tiene los rasgos típicos del aviador, porque ni siquiera sé si hay rasgos típicos de aviador. A mí me parece que sí; a mí me parece que cuando se ha cantado en serio eso de "Yo me enamoré del aire...", un hombre afina su gesto y acomoda su ademán físico al activo gozo de su apasionante profesión. Vélez me habló del "Plus Ultra", de la aviación argentina, de la Escuela cordobesa, del "pulqui" —avión de propulsión a chorro fabricado por la industria argentina—, del vuelo transoceánico, del aterrizaje en Bahía...

Luego la niebla retrasó la salida. Todavía estaban en los oídos de todos los vítores de la Patria española en honor de la Argentina; el "¡Arriba la Argentina!" sonaba tan dulce y tan natural, tan hermoso y tan sorprendente como dulces, naturales, hermosos y sorprendentes serán los primeros aviones de cualquiera de los países de nuestro mundo que se llamen "Martín Fierro" o "Bolívar", "Pérez" o "López", y no "Douglas" o algo por el estilo.

—Esta mañana hemos confirmado todo lo que ya sabíamos —me dice el comodoro Vélez—. Hemos vis-

Cecilia Callejo, famosa bailarina, en una época —según nuestras noticias— protegida de nuestra gran Antonia Mercé, "La Argentina", es otra de las actuales artistas de procedencia hispánica que mezclan la castiza gracia de sus nombres castellanos con los de ortografía sajona en las más recientes producciones de los estudios de Hollywood...



C E C I L I A C A L L E J O

to en Franco un ejemplo de gran jefe de Estado. A su desbordante simpatía personal, a sus condiciones de estadista, hay que añadir esa su autoridad moral indiscutible. Ha tenido con nosotros un gesto inolvidable de hermandad, y su emoción era la nuestra, y su sencillez el mejor testimonio de su grandeza.

Un comandante de la Aviación española le dijo: "Gracias, mi comodoro".

¿Y qué más? Mucho. Mucho más. Tarde a pájaros, recorriendo Madrid entre saludos y cortesías. Buena ocasión para los piropos a las chicas, Dios las bendiga, tan guapas. Fiesta de la Embajada en el Ritz, mutuas recompensas. Baile y Libertad.

Por la mañana, Museo Naval, tan rico en recuerdos, y visita al Monasterio de El Escorial.

El Escorial en un día frío, tremendo. Sus líneas des-

taaban con la pureza del invierno y la majestad del lugar pesaba sobre todos. Tumba de reyes, tumba donde la guerra civil se remansa en piedra, se hace justicia y perdón.

Que los cadetes de la Argentina —nuestros hermanos— cumplan muchos vuelos felices, y al final de cada uno de ellos, sientan las ruedas de sus aparatos todo el frenético júbilo del caballo gaucho que vuelve a casa tras una galopada. Tan bien mandado por el jinete, tan bien mandado, que el rebenque es sólo —ya— una prenda de adorno. Hasta otra, amigos. Yo me quedo en tierra; en cambio, vosotros, de Madrid al cielo. Otra vez al cielo: con la "Santa María", la "Pinta" y la "Niña".

RAFAEL GARCÍA - S - RAN